

El enigma de la singularidad humana

Por Simon Volpato

Yi'kin Janaab escucha en paz el silencio de alguna laguna. Espera pies cruzados a nada en específico. El viento camufla el aleteo de una mariposa mientras despeina la férrea cabellera de Yi'kin. Su caña zigzaguea por el agua en busca de algún pez en tanto recuerda a sus antepasados. Tal vez Padre y Madre lo estén observando, desde algún otro lago, en una tierra lejana.

Una sirvienta se sienta en una frágil silla de madera intentando descansar. Un señor entra furioso quejándose ante un noble. "Es una locura. El rey continúa pidiendo más siembra cada mes mientras el feudo se seca bajo la ola de calor. Para peor, los inútiles siervos no trabajan lo suficiente. Mirala a ella." El señor señala a la lánguida sirvienta. "Si quieres darle de comer a tu hijo mejor que trabajes duro. Y hazlo ahora". La sirvienta embarazada se levanta y sigue fregando los platos, afligida.

Un médico enmascarado camina con pesadumbre por el pueblo mientras las sucias ratas danzan. Los pueblerinos lo observan con terror como si de la muerte misma se tratase. No sabe por qué lo ven de esa manera, es un médico al fin y al cabo. Mira hacia atrás y sabe que su carretilla no aguantará más cuerpos. Se quita la máscara, respirando el contaminado aire y piensa: "Algún día, otro enmascarado me llevará a mi en otra mugrienta carretilla. No hay nada que hacer, Europa está perdida, la peste ha ganado".

Una mosca se posa sobre el lienzo de un dubitativo pintor. Sus patas ahora amarillentas hacen que su vuelo sea más pesado de lo normal. "¿Cómo ha entrado el insecto si hace 3 días no abro la puerta?" Piensa el pintor aislado en tanto observa como la mancha amarilla se camufla sobre el tapiz del cuarto. Escondiéndose entre ornamentos y pinturas a medio terminar el invasor se niega a abandonarlo. El hombre se emociona frente a la determinación de la mosca, terminando su cuadro de una vez por todas, más adelante firmado por Leonardo da Vinci.

Alegremente, una niña recién mudada camina junto a sus padres, siguiendo a la multitud y juega con una muñeca. Había sido un regalo de su abuelo, quien la

la cosió e hiló a mano. Pocas cosas hacen tan feliz a la pequeña como su abuelo. “Caminen más rápido”. Se escucha. Sus padres temerosos apuran el paso en pleno Auschwitz, mientras la inocente niña continúa jugando con un trapo.

Un anciano, hace poco convertido en abuelo, ve tembloroso la portada del periódico. Lee números y números. Su mejilla resbala amplias lágrimas. La búsqueda continúa aún horas después. No sabe que la búsqueda recién comienza. Deja el periodico a un lado para ver a su alrededor. El iluminado día contrasta con las largas caras de la población Estadounidense. El anciano no puede darse el lujo de faltar al trabajo ni siquiera dicho día. Se levanta y emprende camino a la oficina, un fatídico 11 de septiembre de 2001.

Mientras su vista es atacada por la brillante luz del monitor Clara piensa. Sus compañeros le recomendaron ese extraño Chat GPT, decían que reemplazaría a las personas en sus trabajos. “¿Qué hace a los humanos, humanos?” aparecía escrito en la pantalla. La extensa respuesta de la inteligencia artificial nombraba la capacidad cognitiva, creatividad, comunicación y moralidad pero esto no convence a Clara. Ya cansada de pensar y con los ojos rojos, apaga la computadora y se recuesta en su cama.

La oscuridad abraza su conciencia en el momento que Clara cae completamente dormida. Una luz aparece, un reflejo azul, es una laguna. Se encuentra de pies cruzados sosteniendo una caña, observando nada en específico. “¿Dónde estoy?”. De pronto, como si de una televisión se tratase, la imagen cambia. Embarazada, frente a platos sucios, limpia mientras se lamenta. Nuevamente todo se distorsiona. Huele la putrefacción, ahogándose con la vil máscara. Clara intenta comprender qué hace allí, en el momento que una mosca capta su atención. Otra vez. Con una muñeca en mano, camina inocentemente, jugando por aquí y allá. No tiene tiempo siquiera de pensar. En breve se ve sentada en un banco, leyendo el periódico mientras una angustia llena su corazón y siente cómo su mejilla se humedece. Se despierta nerviosa. “¿Qué es todo esto que estoy viendo, sintiendo?” En ese momento Clara lo entiende.

¿Qué hace a los humanos, humanos? Es nuestra Historia. Todo lo que la civilización construyó, y continuará construyendo, es algo particular que no puede ser comparado con nada anterior ni posterior. Culturas, tradiciones, identidad, sentido de pertenencia, no tienen otra finalidad más que conectarnos y eso nos hace especiales pues nos sentimos especiales. Almuerzos familiares, abrazar a tu mascota, extrañar a un ser querido, llorarlo, sentirlo cerca aunque esté lejos, son emociones sin explicación. Deben ser necesariamente sentidas. Eso es único del ser humano. ¿Con cuánta frecuencia nos detenemos a sentir el momento presente? El mundo actual ha puesto tanto énfasis en el progreso tecnológico, en construir herramientas que alimenten nuestra atención que hasta nos preguntamos: ¿Son las cualidades humanas únicas? Tal vez sí seamos únicos, ¿aunque si por el contrario se objeta y se decide que no somos especiales en absoluto? Sea como fuere, el humano responde la cuestión, argumenta, decide al fin y al cabo. La existencia como la conocemos, está dada por el valor que le damos al mundo que nos rodea, a nuestra libre interpretación. En otras palabras, es subjetiva a la humanidad. La inteligencia artificial está a años luz de poder ser relacionada con el significado de la existencia. Lo que permite decir que nunca existirá nada cercano a lo que el ser humano representa, sea técnica o filosóficamente.

Tal como el aleteo de una mariposa puede causar un gran huracán kilómetros más allá, solo una acción humana puede cambiar el curso de lo que somos y seremos, como se ha demostrado a lo largo de la Historia.